

draba y erguía aquel adminículo suyo tan simpático, su pedacito de cola que agitaba con la misma alegría con que cualquier hombre agitaría su sombrero al ver acercarse un amigo que no ha visto en mucho tiempo.

Sin embargo, Cholo tendría que morir. Un hombre le dispararía un balazo y el perro caería patas arriba para no volver á levantarse nunca; así le había dicho un compañero que sabía del asunto, á Andrés.

—*El Cometa, El Cometa*, grito una vez más con voz desmayada. Estaba en la esquina del Imperial, pero él no veía ni oía los tranvías que pasaban ni los automóviles que se alejaban sonando sus sirenas, ni á los transeuntes que caminaban riendo y conversando. Él no pensaba más que en su perro tendido patas arriba, muerto. La orquesta que tocaba esa noche en La Magnolia, preludió un vals:

¿Por qué aquella música lo hizo sentirse tan triste? no podía más: se alejó un poco por una de las calles laterales y refugiándose en el hueco de una puerta, comenzó á sollozar cubriéndose la cara con los periódicos.

—«La lotería. Aquí está el gordo», gritó una voz fresca junto á él. Alguien se detuvo y puso una mano sobre la cabeza de Andrésillo; éste la levantó y reconoció al muchacho que estaba á su lado.

Era Vargas, un compañero de escuela que cursaba el tercer grado, uno á quien Andrés quería porque muchas veces lo había defendido cuando uno más grande quería pegarle; á veces le traía á caballo desde la escuela hasta la casa y algunas veces también lo había hecho rabiarse diciéndole que si quería *ver á Dios* y cogiendo su cabeza entre las manos le suspendía.

A Andrés le parecía un hombre porque usaba *calzones largos*.

—¿Has perdido la plata, Sáenz? ¿Por qué lloras?

El pequeño no contestaba, seguía sollozando.

—No llores más, si no voy á creer que no eres un hombre.

A esto el chiquillo saltó como una

explosión:—es que mañana matan á Cholo; yo quería ajustar once colones vendiendo *El Cometa*, para sacar mi perro, pero ya ves, sólo veintisiete he vendido.... y mañana matarán á Cholo... le darán un balazo! Y yo no quiero que lo maten, no, no, pero no tengo de donde tomar once colones.

—¿Quién es Cholo?

—Mi perrito negro, ¿no lo conoces?

—¿En tu casa no te darán el dinero?

—¡Qué va! En casa más bien están contentos, porque allá nadie quiere á Cholo.

Andrés volvió á sollozar.

Vargas no dijo nada; sentóse al lado del chiquillo, el cual lo vió por un rato mover la cabeza y le pareció oír algo como si por la garganta de Vargas pasaran tragos muy gruesos.

Por fin habló:—Oye Sáenz, ¿cuánto dinero tienes?

—Un colón en mi alcancía y lo que he ganado por vender veintisiete *Cometas*.

—Bueno. Yo...hace días estoy guardando dinero para comprar un vestido...tengo diez colones, tú tienes uno.. ya son once. Te ofrezco mis diez colones. ¿Los quieres? Vargas echó una ojeada por su pobre vestido. Los codos parecían narices que asomaban por las mangas rotas. Pasó su mano por los viejos pantalones tan llenos de remiendos, como si los acariciara y los exhortara á tener paciencia.

—¿Y tu vestido? preguntó Andrés.

—Como yo vendo periódicos y lotería, pronto volveré á ajustar. No te apures.

—No hubo que convencer mucho al niño, el cual se acostó esa noche sonriente, á pesar del *jalón de orejas* que le dió la mamá por llegar tarde á casa.

Otro día muy de mañana Cholo estaba en sus brazos; y aunque le puso la blusa como no deseaba la viera la madre, á él no le importó.

Con la cara hecha una fiesta, porque había iluminación de ojos, exhibición de blancos y menudos dientes, y camanances en las mejillas, regresó á casa.

Aquí vinieron las averiguaciones de